

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

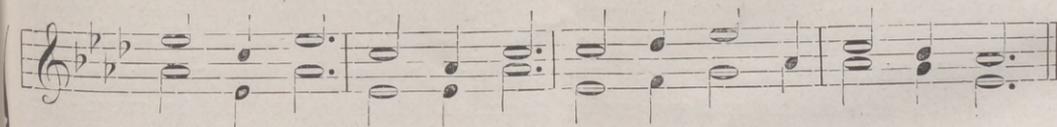
MADRID, 13 DE AGOSTO DE 1933 |

NÚMERO 33

## VEN, OH DUEÑO DE MI VIDA



1. { Ven, oh due—ño de mi vi—da, Ge—ne—ro — so bien—he—chor,  
Por—que mi al—ma do — lo—ri — da cla—ma ya por su Pas—tor.



Coro: Ven, Se—ñor; ven, Se — ñor; Mi Je — sús, mi Sal — va — dor.



2

Ven, buscando con empeño  
Al perdido pecador.  
¡No Te tardes, dulce dueño,  
No Te tardes, por favor! *Coro.*

3

A Tu oveja, ¡dueño mío!  
Mírala con gran amor;  
No me trates con desvío,  
No perezca de dolor. *Coro.*

4

Como cantan por la selva  
El canoro ruiséñor,  
Cantaré yo cuando vuelva  
A buscarme el Redentor. *Coro.*

## DAVID EN LA CORTE DE SAUL

### (Conclusión)

Los filisteos entre tanto no cesaron de inquietar al pueblo de Israel; mas todas sus agresiones fueron repelidas por David con grandes estragos para ellos, lo que hizo que el pueblo honrara cada día más al valiente y joven caudillo. Pero con cada nueva victoria aumentaba el odio y la envidia de Saúl contra su fiel servidor David. El espíritu malo se había apoderado completamente de él y un día, como David tocara una vez más el arpa ante el rey, éste, en un nuevo arrebato de furor, le volvió a arrojar una lanza. David pudo salvarse de nuevo, pero ya entendió que no podía seguir viviendo en el palacio y se refugió en su casa.

No por estar ausente David se apaciguó el odio de Saúl. Unos días después, éste envió a casa de David a unos hombres malhechores, que había contratado, para quitarle del medio. Durante la noche se había de cometer el crimen. Mas Mical, la esposa de David, enterada desde luego de la enemistad de Saúl contra su marido, estuvo alerta, y al notar algunos ruidos sospechosos, despertó a David y le dijo: "Si no salvas tu vida esta noche, mañana serás muerto"; y sin perder más tiempo, le descolgó por una ventana, que no daba a la fachada principal, y metió en la cama de David una estatua, que cubrió con mantas. Apenas había ella terminado, cuando sonaron golpes violentos a la puerta, pidiendo unas voces entrada en nombre del rey. Mical mandó abrir, escondiéndose ella misma, y al entrar los malhechores en el cuarto, para prender a David, no tardaron mucho en descubrir el engaño de Mical. Saúl, al oír del asunto, se enojó mucho con su hija Mical, pero ella esquivó la responsabilidad alegando que David la había ame-

nazado con la muerte caso de no ayudarle a huir. En aquella noche David abandonó la capital y se refugió en Ramá, en casa de Samuel, que aún vivía; pero ni allí podía salvarse de las asechanzas de Saúl, y tuvo que huir más lejos todavía.

Mientras tanto, Jonatán, profundamente apesadumbrado por el rumbo que tomaban las cosas entre su padre y su amigo, procuró ver a David, y después de averiguar su estancia, se las compuso para verle, a fin de convencerle de que volviese a la corte. Dijo, pues, a su amigo: "Sabes que mi padre no hace ninguna cosa, sea grande o pequeña, sin consultarme. Así tampoco me encubrirá sus planes respecto a ti, y yo te garantizo que te guardaré de todo peligro. No morirás". Mas a esto opuso David: "Como tu padre conoce la estrecha amistad que nos une, a lo mejor, para no aconsejarte, te encubrirá sus malas intenciones que abriga contra mí. De veras, tú tampoco me puedes proteger ya, apenas hay un paso entre mí y la muerte". Jonatán, no pudiendo negar lo que David acababa de decir, se afligió mucho y exclamó: "¿Pero de verdad que nada puedo hacer ya por ti?" Entonces David le dijo: "Sí; te ruego que hagas lo siguiente: Mañana se celebra en la corte la gran fiesta de la nueva luna, a la cual yo, como jefe del ejército, tendría la obligación de asistir. Pero, como te digo, en las circunstancias actuales, esto equivaldría a ir directamente a la muerte. De modo que pienso no ir, sino esconderme en el campo. Tu padre no dejará de preguntarte por mí y por los motivos de mi ausencia. Entonces dile que yo he tenido que marchar a Bethlehem, para tomar parte en el sacrificio anual de mi familia. Si Saúl se conforma bien, sabré que ha pasado su enojo; pero si lo toma a mal, entenderé que él es-

tá resuelto a matarme. Tú me dirás cómo piensa él, y si tus noticias son desfavorables, mátame tú, porque prefiero morir por mano de un amigo que no por la de Saúl”.

Jonatán, al ver a su amigo tan abatido, se desconsoló y volvió a afirmarle su amistad con muchos juramentos y que él haría cuanto le fuese posible para salvar a David. “Porque sé—dijo—que Dios te favorece, como antes fué con mi padre. Es inútil y atrevido oponerse a la voluntad de Dios. Tú serás rey y triunfarás sobre todos tus enemigos, porque Dios lo quiere así. Sólo una cosa te ruego: que cuando Dios te dé el reino y yo viva, tengas misericordia de mí, y si yo fuera muerto, te apiades de mi familia. Porque estoy dispuesto hasta a morir por ti, si Dios lo quiere así. Pero ahora, escúchame: Concertemos una señal para el caso de que yo no te pueda prevenir personalmente. Mañana, en el banquete oficial en el palacio con motivo de la fiesta, mi padre te echará de menos. Yo procuraré averiguar el efecto que esto causa a mi padre. Si noto que mi padre lo ha tomado a mal, o en el caso contrario, a bien, saldré al campo, a la roca donde tantas veces hemos hablado, y haré como si me ejercitase en el tiro al blanco. Tiraré tres flechas, y cuando envíe a mi escudero a recogerlas, tú fíjate bien en lo que digo. Si digo: “Mozo, las flechas están más acá de ti”, tú entenderás por estas palabras que mi padre ha depuesto su ira y que puedes venir en paz. Mas cuando dijere: “Mozo, las flechas han caído más allá de ti”, esto significará que el odio de Saúl sigue siendo el mismo y que tú tienes que huir. De modo que tú te esconderás bien cerca de la roca y harás según mis palabras. Si tienes que huir, vete en paz y Dios sea contigo”.

Después de estas palabras los dos amigos se despidieron con el acostumbrado cariño.

El día de la nueva luna se festejó en la corte como de costumbre. David faltaba en la mesa, y el lugar que le correspondía y que era el de al lado derecho de Saúl, fué ocupado por Abnez, el famoso general de Saúl. El rey, al notar la ausencia de David, pensó que tal vez algo inesperado le había impedido venir, y no dijo nada. Pero cuando en el segundo día de la fiesta David tampoco apareció, preguntó a su hijo Jonatán dónde estaba David. Entonces, Jonatán le contestó en la forma convenida con David, diciendo que éste asistía a una fiesta de su familia.

Enseguida Saúl se enfureció en gran manera y reprendiendo a Jonatán con voz áspera delante de toda la corte le dijo: “Hijo rebelde, tú siempre proteges a David, colocándote de su parte en contra de tu propio padre. ¿No sabes que con ello te perjudicas a tí mismo, que te juegas el reino, en que me has de suceder? Porque mientras viviere David y goce de la adhesión del pueblo, ni tú ni tu reino están seguros. ¡Envía, pues, ahora mismo mensajeros, porque ha de morir!”

Jonatán no se acobardó ante las furiosas palabras de Saúl; mas bien insistió en defender a David, alegando sus méritos y su inocencia. Entonces Saúl no se pudo contener, y como antes lo había hecho con David, ahora hizo con su propio hijo: Empuñó una lanza y se la arrojó. De nuevo Dios hizo fracasar el criminal intento del rey ofuscado. Jonatán pudo escapar, y al amanecer el día siguiente se fué al lugar concertado con David, llevando sus armas y su escudero. Disparó, y al correr el mozo por las flechas, clamó a gran voz: “Las flechas están más allá de ti”. Así lo hizo por tres veces, y David, escondido muy cerca, entendió que no había reconciliación posible con Saúl. Jonatán mandó al escudero con sus armas a la ciudad, y cuando el siervo se alejara, corrió hacia el lugar en donde

sabía que le aguardaba David. Se encontró con su amigo en el momento en que éste, inclinándose tres veces hacia el suelo, se despedía, según la costumbre de entonces, de su tierra patria, sabiendo que tenía que marcharse muy lejos y por mucho tiempo. Al encontrarse los amigos, se abrazaron, y entre sollozos y renovando su amistad con juramentos, se despidieron.

Por fin se tuvieron que separar casi con violencia; y mientras Jonatán volvía al palacio, David se internó, fugitivo, en el campo.

## LOS MELLIZOS

(Continuación)

Entre tanto, llegó un auto con las madres; llevaron a Pepito al auto, y los niños se despidieron cariñosamente. Pepito había de pasar un rato malo. Aunque no se había roto el pie, tenía que descansarle unos quince días sin moverle. Era primavera, el sol y los pájaros llamaban al aire libre; todos los jardines estaban en flor y la gente pasaba cantando por debajo de la ventana, para ir de merienda al bosque. Juanito le visitó diariamente; también él estaba muy afligido, porque era la primera vez que los mellizos no podían compartir de todo y que él tenía que ir solo a la escuela. Cuando iba pensativo un día, se acordó de Guillermito. No veía asomarse su cara; llamó a la puerta, y una voz finita preguntó quién era. Cuando Juanito dijo su nombre, se oyó una exclamación de júbilo.

—“Abre la puerta”—le contestó—; “la llave está debajo del limpiabarros”.

Allí dentro encontró al pequeño cojo completamente solo. Tenía a su lado pan y leche en una mesilla, pero no había tocado nada.

—“¿No quieres comer?”—preguntó Juanito.

—“No; cuando estoy tan solito, no tengo ganas; pero por la noche, cuando vuelve mi madre, nos hace una buena sopa y comemos juntos”.

Juanito no se podía figurar cómo se podía pasar sin una buena comida y merienda. Contó a Guillermito de su amigo Pepito y prometió volver pronto. Así lo hizo, y eligió entre sus libros los mejores para distraer al pobre cojo. A Pepito le contó de su visita a la casa de Guillermito, y éste se puso muy pensativo. El también no podía andar para el momento, pero ya tenía el permiso para levantarse dentro de pocos días. ¡Pero aquel pobre muchacho! Nunca podría usar sus pies. ¡Qué terrible! Su madre notó que algo le preocupaba.

—“Bueno, ¿no te alegras de poder saltar y brincar pronto otra vez?”

Entonces contó a su madre que él estaba pensando en Guillermito, que nunca podría andar, y que era un predilecto de Dios, y que esto no lo podía comprender.

—“¿Y no podía curar Jesús a Guillermito?”

—“Desde luego que sí; pero si Jesús mandaba una enfermedad a una persona, El tendría su fin especial. Esta gente podrían ser un ejemplo y enseñanza para otros, llevando sus dolores y su carga con paciencia, sin quejarse. Entonces Jesús, invisible, estaría con ellos, y ellos notarían su presencia más que otras personas sanas”.

(Concluirá)